

Raúl Heras

LA GUERRA DE LAS ROSAS

LA DESTRUCCION DEL GUERRISMO
POR EL *DIOS* GONZALEZ

Ediciones Temas de Hoy

PRÓLOGO	13
CAP. UNO. LA RUPTURA	19
Confesiones en Sevilla y Cáceres. Escenas de sofá en La Moncloa. El sábado noche de los ministros.	
CAP. DOS. LA GUERRA DE LOS SAMURAI S	33
Los tres infiernos de Felipe González. El submarino Teófilo llega a puerto. Ofensiva de Solchaga con- tra Serra. Las tres «eses» compiten por la suce- sión. La reinención del régimen. Puente sobre aguas turbulentas.	
CAP. TRES. LA EXPLOSIÓN SOCIALISTA	61
Crece el abismo entre Gobierno y partido. El final de la cuenta atrás. «Dioses», «enanos», «catala- nes» y «bastones».	
CAP. CUATRO. LA RENOVACIÓN	75
Réquiem por Galeote. Cita en Alcázar. En el labe- rinto del cambio. Los ministros se colocan.	
CAP. CINCO. EL SÍNODO DE MONCLOA	91
Em-pellón a Olivencia. El penetrante olor de los «Narcisos». Partes de Guerra desde Sevilla. Astu-	

rias se levanta. Las minorías de edad se han terminado. El adiós de «Sir Paco». Golpe de mano en Madrid. El *Libro blanco* del PSOE.

CAP. SEIS. EL AÑO DE LAS LUCES	125
Siete asturianos para González. La caldera de Renfe estalla. Y Benegas cogió su fusil. La Monarquía y el regeneracionismo. El <i>one</i> necesita cariño.	
CAP. SIETE. PELEAS DE GALLOS	149
El cadáver del viejo socialismo. Fracaso en Cataluña. <i>Quo vadis, domine?</i> Federalismo primaveral. La derecha económica y los intereses de la sociedad.	
CAP. OCHO. EL SEGUNDO ADIÓS DE FELIPE GONZÁLEZ	177
Cuarteto para una despedida. Los nervios de las encuestas. Prepararse para la gran sorpresa.	
CAP. NUEVE. LA INTERVENCIÓN DEL REY	193
Mano a mano en la capital andaluza. El Rey y la Reina se mueven. El refrito de Guerra. El relevo de «Sir Paco». Reglas de oro del felipismo.	
CAP. DIEZ. EL CAUDILLO ROSA	221
El síndrome danés. Los apóstoles de Maastricht. Socialismo a la catalana. La caída de la rosa.	
CAP. ONCE. EL CARRO DE «DIOS»	241
La memoria de los más pobres. El regreso del hijo pródigo. Ceremonia de la confusión. Guerra se declara a UGT. Quinientos años después, Colón y González. Un minuto para iniciados.	
CAP. DOCE. LA CABEZA DEL PULPO	261
Presentación de gala en Ferraz. Felipe sale de gira. Siete puñales. El castillo de Edimburgo. Día	

de Inocentes. La doctrina González. La madre de todas las batallas.	
CAP. TRECE. EL VÍA CRUCIS DEL PSOE	303
El rostro del socialismo. Semana de pasión. El revolcón de la Ley de Huelga. Chantaje a la Ejecutiva.	
CAP. CATORCE. EL ATAQUE DE NERVIOS	321
La inquebrantable fe en el líder. Diez puntos de luz en la batalla. De Esquilache a Benvenuto. Barones sin marcha atrás.	
CAP. QUINCE. LA ESTRATEGIA DEL ÓRDAGO	337
El fichaje de Garzón. La carrera de las urnas. Juegos de cambio. Hacia el bipartidismo. El último mitin.	
CAP. DIECISÉIS. EL RUBICÓN DEL CÉSAR	355
El cuarto discurso del triunfador. Chivatos a la sombra de los bonsáis. Ordago a la navarra. El giro a la derecha. La refundación del PSOE.	
CAP. DIECISIETE. REYES, CARDENALES Y MOSQUETEROS	379
D'Artagnan en Moncloa. Leguina anuncia «el final de un modelo». Zarpazo de Jaguar contra Mohedano. Miedo a los <i>dossiers</i> .	
CAP. DIECIOCHO. LAS TRES CULTURAS	397
Guerra hace las Españas. Bajo el síndrome de Estocolmo. Llorar por Galicia. Desde Granada con desamor.	
CAP. DIECINUEVE. BAJO LOS IDUS DE MARZO	413
El embrujo de Triana. Bulos para una retirada. Demasiados temas para la ponencia marco. El manifiesto de Toledo. Navidades negras.	
INDICE ONOMÁSTICO	443

La batalla de Bosworth, en 1485, supuso el final de la Guerra de las Dos Rosas en la Inglaterra de comienzos del capitalismo. Las dos familias contendientes, los Lancaster y los York, quedaron tan agotadas por el esfuerzo que dejaron vía libre para que un tercero, la casa Tudor, se adueñara del trono e implantara una monarquía autoritaria que, si bien conservó el Parlamento de los Plantagenet, lo hizo como instrumento de sus caprichos y coartada de sus excesos.

La lucha entre los partidarios de ambas ramas monárquicas no tuvo nada de especial si la comparamos con las que tuvieron lugar en otros países de Europa, y singularmente España. Me sirve, y lo confieso, por el símbolo de las dos casas inglesas, una rosa, y por la aplicación que tiene en nuestro tiempo y país con la guerra que se vive en el interior del Partido Socialista Obrero Español, de consecuencias importantes para el Estado y para el futuro de esta nación nuestra, que comenzó a ser concebida como tal en parecidas fechas merced al matrimonio entre Fernando de Aragón e Isabel de Castilla.

Los socialistas españoles aceptan hoy estar en posesión de dos almas, dos ideologías, dos formas de ver y entender la historia. Esto ocurre cuando la descomposición del poder ejercido durante más de diez años de una forma casi monárquica y absolutista, por las especiales características de Felipe

González y Alfonso Guerra y la repetición durante tres legislaturas de la mayoría absoluta en el Parlamento, se termina y descompone, coincidiendo con el fin de un ciclo económico internacional de bonanza y especulación monetaria sin límites.

La guerra que sostienen es larga y cruel, como pasa en todos los conflictos civiles, y a mediados de marzo de 1994 tendrá un vencedor y un derrotado, sin que ello permita saber si el que consiga la corona del César podrá llevarla mucho tiempo sobre sus sienes. La historia juega esas malas pasadas a los que quieren domarla para hacerla su concubina o su esposa. Ella no acepta tratos, y el perdedor de hoy es el vengador de mañana.

Este libro es una larga crónica (deseo que viva y ardiente, vital y apasionada) de una destrucción, la del guerrismo, a manos de un «dios» menor, como son todos los dioses creados por los hombres. Son los mil días que contemplan la expulsión del gran visir, del gran chambelán del felipismo del palacio de La Moncloa, y la formación de su propio y singular clan, que termina convertido en el símbolo de la resistencia frente a los intentos de mixtificación del PSOE por parte de los autoproclamados «renovadores» y de la reivindicación de la utopía, de las ideas revolucionarias de cambio también frente a los racionalistas del progreso. Se trata una vez más en la historia, mal que les pese a sus protagonistas, de representar el viejo drama entre los que se contentan con administrar el mundo y aquellos que sueñan con transformarlo. Los primeros, los felipistas, tienen la caída del Muro de Berlín como testimonio y ejemplo de lo que les espera a los visionarios cuando toman el poder y se dedican a explotarlo en beneficio de la burocracia del partido. Los segundos, los guerristas, creen que es el polvo levantado por ese mismo Muro al derrumbarse bajo las trompetas de la crisis internacional el que no deja ver a sus compañeros que la única salida al final del túnel se llama utopía, ya que sin ésta ningún partido tiene razón de ser, y todos los regímenes son uno solo.

A finales de octubre de 1993 ese espíritu renacentista

que anida en Ramón Tamames le llevó a presentar su libro *La España alternativa* * con dos padrinos de lujo y polémica servida como son Pedro J. Ramírez y Antonio Herrero. El debate se tornó histórico e historicista, lo mismo que ocurrió unas semanas más tarde con ocasión de la conferencia que el director del diario *El Mundo* dio en el Club Siglo XXI. Parecía y parece como si la crisis que vivimos los españoles, de orden económico, político, ético y estético, nos obligara a mirarnos en nuestro pasado para descubrir en él las raíces del presente, y hasta los errores que fatalmente nos disponemos a cometer en el futuro.

A través del conde de Aranda y de Gaspar Melchor de Jovellanos, los ilustrados de la misma España que se da la Constitución de 1812 y grita «Vivan las cadenas» al paso de Fernando VII, descubrimos a José Moñino, conde de Florida-blanca, murciano de nacimiento y sevillano de muerte, adorado durante un tiempo, procesado por abuso de poder y sustracción de fondos públicos y cabeza visible de la lucha contra Napoleón y «Pepe Botella». Goya, nuestro sordo de la duquesa desnuda y los aguafuertes y aquelarres de brujas y machos cabríos, le inmortalizó en uno de sus espléndidos retratos de la corte, y la historia le ha postergado —injustamente— en favor de otros protagonistas que pasaron por el duro y periódico trance de abrir y cerrar las puertas de la modernidad en este país.

Moñino, como González, fue prisionero de su tiempo y del miedo al mismo cambio que quería introducir en la sociedad española. Su título, conseguido tras el pacto de la Corona española con el Vaticano para disolver la molesta Compañía de Jesús, puede tener una continuidad casi dos siglos después con el de «Floridarrosa», que otro rey Borbón puede otorgarle al actual presidente del Gobierno. ¿Acaso Felipe González no es merecedor de ese reconocimiento con iguales o mayores méritos que Adolfo Suárez?, ¿qué mejor cierre para el capítulo que escriben desde 1982 don Juan Carlos y el líder socialista?

* Ramón Tamames, *La España alternativa*, Espasa Calpe, Madrid, 1993.

El debate sobre la realidad española, y la capacidad de transformación que atesoramos sus ciudadanos, es tan antiguo que cualquier referencia en el tiempo tiene la extraña cualidad de mostrarse vivo y actual. Recordar el debate más clásico entre los clásicos, el que mantuvieron en la primera mitad de nuestro siglo Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz, rescatando de las páginas de sus escritos para nuestro más rabioso y destemplado hoy el corte cultural que supuso para los jóvenes el reinado de Felipe II, es adentrarse en la propia esencia del alma hispana, complejo entramado de diecisiete autonomías, de dos mil años enlazados entre iberos, celtas, visigodos, árabes y cristianos, a caballo entre la Europa de los financieros y el Africa y la América de los mercaderes. Es reconocer en la fuerza del autoritarismo nuclear y centralista que se produce a partir del siglo XVIII el germen de la progresiva pérdida de identidad nacional que se está produciendo en nuestros días. Una crisis institucional que emerge de la historia y que lleva a algunos dirigentes políticos como Jordi Pujol o Xabier Arzalluz a deshojar la margarita de «lo español» como si de un juego de amor infantil se tratara.

El PSOE quiere presentarse como el único partido con voluntad integradora de las Españas, el precioso eslabón que las une de Cataluña a Extremadura y de Andalucía al País Vasco, justo cuando uno de los cuatro jinetes del Apocalipsis cotidiano que nos acechan es el de la descohesión política, ese fantasma que cabalga junto a los del paro, la corrupción y el anquilosamiento de las instituciones. Pero, ¿quién es hoy el PSOE?, ¿cuáles son sus señas de identidad y qué manos las manejan? Las de Felipe González y su corte de barones autonómicos y ministros dispuestos a ocupar el poder a partir del acatamiento a la voluntad del líder, o las de Alfonso Guerra y su escuadrón de espartanos apostados en las Termópilas del «aparato» del partido, retratados en los hermosos versos de Kavafis.

Nuestra Guerra de las Rosas, rojo socialdemócrata, azul liberal, ha producido tantas víctimas en ambos bandos que es imposible cerrarla con una farsa de paz. Algunos lo intentan

de cara al Congreso Federal, como José Luis Corcuera; otros ya han aceptado desde hace mucho tiempo que sólo se construye desde la previa destrucción, como Carlos Solchaga. Y la mayoría, la inmensa mayoría de los dirigentes del PSOE, ya se encuentren en el «aparato» del partido o en las distintas capas de la Administración, desean sobrevivir a los idus de marzo. La lengua prensil alimenta al camaleón, pero es su piel cambiante la que le defiende de los depredadores de su entorno.